

EPÍLOGO

(Para los que no hayan tenido suficiente)

Costumbres de entonces y hechos relacionados con las prácticas religiosas.-

Las tarimas del suelo continuaban con su ruido profundo, retumbando entre las bóvedas al ser pisadas. Un olor a vela y aceite flotaba en el aire. Miré la imagen de la Virgen, con su manto negro bordado en oro y su cara de muñeca tamaño natural, que carecía de cuerpo bajo el manto. Las dos mujeres se volvían de vez en cuando interrumpiendo sus rezos. La vieja costumbre de hacer vela aún persistía. Cada hora se relevaban, con lo cual, cubrían todo el día con oraciones a la Virgen. Rezaban por la sequía, por el pedrisco, por la cosecha, por todo. Unas iban por gusto, otras por el qué dirán, pero casi todas las mujeres del pueblo acudían a la vela. Observé un momento a las dos paisanas: ya no llevaban velos ni mantillas.

Me acordé de una vieja beata (mayor o anciana decimos ahora con el mismo repeto); vivía sola en la parte alta de un caserón, que compartía con una familia que habitaba el resto de la casa. La buena mujer era habitual de la primera misa de la mañana y demás eventos religiosos; en invierno, se celebraba en la iglesia de santa Catalina –más abrigada-, y en verano, en lo alto del pueblo, en la parroquia. Su figura era curiosa: bajita, con gafas redondas, vestida de negro, con una eterna mantilla y un bastón que le ayudaba a salvar las calles empedradas. Era muy madrugadora. Se quejaba detrás de su ventana, cuando en las noches de verano los vecinos salían a la calle a tomar la fresca. No le gustaba tener debajo de su ventana gente trasnochando, pues ella se acostaba muy temprano. Alguien retendrá su figura en la memoria: se llamaba Estefanía y era la viva estampa que retrató Machado en “Campos de Castilla -XCVIII- A Orillas del Duero-”



Imagen de San Pedro. Se le atribuye a Juan Fernández Vallejo (1570-80).

El sol va declinando. De la ciudad lejana
me llega un armonioso tañido de campana
-ya irán a su rosario las enlutadas viejas-.
De entre las peñas salen dos lindas comadreas;
me miran y se alejan, huyendo...

El cura.- A don Félix lo recordaba con simpatía. Era cumplidor y muy recto, pero no le faltaba una sonrisa cariñosa con todo el mundo ¡Tenía carácter! Recuerdo que en uno de sus sermones echó en cara a la gente del pueblo que limitara sus limosnas a la calderilla (perras gordas, chicas y algún real); durante un tiempo, algunos que se dieron por aludidos se abstuvieron de echar moneda alguna en el cepillo); de media estatura, delgado, cincuentón, en ocasiones llevaba la nariz roja como un pimiento e inflamada por la disipela (erisipela), apariencia que todo el mundo le perdonaba. Difícil de creer en

un pueblo pequeño, donde la crueldad en las burlas es moneda corriente. Vestía siempre sotana rigurosa (eran tiempos de Pío XII y el concilio todavía no había tenido lugar); tapaba su cabeza con un bonete al uso y en los días de gala el bonete iba adornado con un pompón. El pelo lo llevaba muy corto y perfectamente tonsurado, dejándose un flequillo tieso. Su vida era sencilla, llena de actividad propia de su ministerio, y conforme con los tiempos. Vivía solo en la casa parroquial, aunque tenía un ama de llaves, que se llamaba Narcisa, que le ayudaba en la casa y en la sacristía. Narcisa era un alma sencilla que vivía con su padre, ya mayor. De baja estatura, era muy alegre, lo que hacía que su ojo cerrado pasase desapercibido. Su conversación siempre alegraba y todo el mundo le saludaba con cariño.

D. Félix era un eclesiástico de vocación, muy espiritual, Narcisa un espíritu sencillo. Me contaron que cuando don Félix se jubiló, en vez de irse a una residencia con otros sacerdotes, prefirió quedarse en el pueblo. Dejó la casa parroquial a su sucesor y pasó los últimos años de su vida en Cornago, recibiendo atenciones y regalos hortofrutícolas de todo el pueblo. Una vida entregada a un pueblo, y un pueblo que le acogió en su vejez con cariño. En alguno de mis viajes paré el coche para saludar a tan singular pareja. Él se apoyaba en su bastón y en Narcisa, que le seguía sirviendo con fidelidad. Pensé que el cielo teje relaciones muy extrañas para evitar la soledad de los hombres y mujeres, en su viaje por la vida.

Me levanté y caminé hacia el altar mayor para ver si en el lado del Evangelio seguían los bancos de los niños. Saludé a las beatas con un ¡Buenas tardes!, y ellas contestaron a mi saludo curiosas. Me dirigí hacia la salida. Mis pasos seguían haciendo ruido en la tarima y recordé que la iglesia se utilizó como cementerio hasta que el pobre castillo se quedó en ruinas. Imaginé el subsuelo de la iglesia minado de tumbas de generaciones de labradores y ganaderos. Salí a la calle, bajé las escaleras del atrio y dejé atrás la lista de caídos por Dios y por la Patria, recuerdo de un tiempo de revolución truncada y de dolor. Pensé, que si hubiera que poner en las paredes de las iglesias a los caídos de todas las guerras de nuestro país, no habría muros suficientes. Espero que la última guerra sea la última entre hermanos.

No todos los recuerdos eran tristes: a la salida de los bautizos, los muchachos esperábamos en las escaleras del atrio a que los padrinos echaran caramelos para recogerlos, en lucha con el resto. Cada amago de “bautizo cagao” se cortaba con nuevos lanzamientos de caramelos y peladillas.

Me apoyé en el pretil desde el que se divisaba el pueblo entero y me quedé mirando: el corral donde mis padres guardaban sus animales tenía el tejado hundido, un poco más a la derecha estaba nuestra casa. Alguna vez pensé en comprarla, pero no era una casa autónoma; posiblemente en el pasado lo fue, cuando, según dicen, era la casa del inquisidor. Con la abolición de la inquisición, al ser una casa grande la dividieron, convirtiéndola en un laberinto en alquiler. Las palomas seguían volando como siempre. No quise seguir con más recuerdos y me dejé llevar unos instantes por el paisaje.

Por la parte de la Umbría.- Me encaminé por la cuesta hacia la Umbría, que era la parte más fría del pueblo, completando de esa manera la vuelta al paseo de los Arbolitos. Siempre me pareció la parte más abandonada, pero allí tenía amigos. Bajé hacia los corrales. El lugar había cambiado bastante, pues antes no podían llegar allí los coches (tampoco los había). Por suerte o por desgracia, ahora andaban por todas partes.

Se trabajaba para acercar los coches a las casas, en un pueblo donde las calles no estaban hechas para el tráfico rodado, sino para que pudiesen andar por ellas hombres y animales. Me acerqué a un pretil y miré hacia abajo. Pude ver que el tejado estaba hundido y recordé un lejano día en que en ese mismo lugar, mirando con los amigos hacia la carretera por el lado de san Roque, vimos que se acercaba un automóvil al pueblo. Estaba sobre el pretil sujetándome con las manos a las piedras de una pared lateral. Dos metros por debajo, estaba el tejado de una pocilga recién construida, con sus tejas nuevas y limpias; el corralillo se encontraba en un hueco estrecho franqueado por otros dos corrales con paredes más altas. La piedra en la que me agarraba se soltó de la pared y caí al vacío aterrizando en el tejado; docena y media de tejas se rompieron en el impacto del culo y de la piedra. Pude subir escalando por la pared, g. a D. sin daños, y salí corriendo con los amigos escapando de la mala suerte. De este incidente nadie se enteró ¡Cosa extraña! Lo más natural es que a alguno de los amigos se le hubiera escapado un comentario. El corralillo era del alguacil del pueblo, que también hacía de pregonero. A partir de entonces, cada vez que lo veía, me quedaba observándole por si miraba. Sus pregones siempre comenzaban igual: “De parte del Sr. Alcalde, se hace saber...”, y cuando no era de parte del ayuntamiento, comenzaba de otra forma: Tuuu...“Se hace saber..., que se venden sardinas,... chicharros y merluzas...en la plaza del Vagar.” tuuuu. Los días de labor, vistiendo de forma corriente, tocaba la corneta en cada esquina para anunciar el pregón; los días de fiesta vestía de uniforme y cambiaba la corneta por el tambor; con ambos instrumentos conseguía de su auditorio la máxima atención a sus pregones. Las nuevas técnicas de megafonía que se utilizan en los pueblos le quitan protagonismo a los pregoneros y encanto a los pregones.

Camino abajo, me crucé con un anciano que no reconocí. Se paró y me dio otro ¡Buenos días!, seguido de una conjetura:

- ¡Qué!, ¿de paseo?
- Pues sí señor, de paseo.
- ¿Es Vd. de aquí?
- Sí señor, lo soy.

A continuación, siguieron otras preguntas un tanto atrevidas que contesté con amabilidad. La imagen del anciano era de abandono, y se me representó antigua y desusada: llevaba una chaqueta raída y descolorida, que pudo ser negra; se intuía, que el pantalón azul de tela sufrida, que usaba la gente de campo, iba sujeto por una cuerda que asomaba bajo la tradicional faja negra; lucía chaleco y camisa de rayas con el cuello abrochado; no llevaba abarcas, lo que me chocó, llevaba unas zapatillas de estar por casa, también desgastadas, y cubría la cabeza con una boina colocada con cierto gracejo, que tapaba un pelo blanco, abundante y corto; las manos deformadas delataban un proceso de artrosis y le temblaban; su rostro estaba surcado de arrugas como cicatrices, y su boca, al hablar, dejaba al descubierto dos dientes cuadrados y solitarios, de poca ayuda. Iba un poco agachado y se apoyaba tambaleante en una cachaba de fabricación propia, con la que se resistía a la llamada de la tierra, que insistentemente reclamaba sus huesos. Pensé, que la gente del campo ya no envejece así. Pude deducir que había sido agricultor, pues adolecen de los riñones, como dicen ellos. Los pastores, sin embargo, conservan una postura erguida en su vejez. No era muy mayor, aunque, por las arrugas de su frente, parecía Matusalem. Sus ojos indagaban en mí con una chispa de inteligencia, que no de malicia, queriéndome encontrar parecidos; vaciló un instante, y dijo:

- Vd. se parece..., y continuó... se parece... ¿Es Vd. familia del V.....?.
- Sí señor.

En los pueblos las personas se conocen muy bien y sacan parecidos familiares, pues han conocido a varias generaciones. Yo mismo, viendo a niños que nunca antes había visto, he reconocido en su cara la de sus padres a su edad.

El anciano se sonrió y comenzó a liarse un cigarro sin ningún problema, a pesar de su temblor; lo puso en sus labios, sacó el chisquero y lo encendió.

- Eres hijo del J..., afirmó; conocí a tus padres y a tus abuelos.
- Tiene Vd. buena memoria.
- Sí, es lo único bueno que me queda.
- Vd. es el tío P.
- ¡Sí!

Continuó la conversación por recuerdos familiares y asuntos de salud; al poco, continuó él con su paseo y yo con el mío. Al alejarse, le miré despacio y pensé que nuestra despedida era para mucho tiempo y que no le volvería a ver en este mundo. Los pueblos como Cornago se estaban quedando vacíos de gente, y los que aguantaban, se hacían mayores, y muchas veces, resistiendo al tiempo, mal vivían viudos, que los hijos vivían fuera y ellos no se querían ir de Cornago.

Caminando hacia la plaza.- Marché hacia el centro, pero sin prisa: ese rincón; aquella pared; esa casa; las cortinas de las puertas; la forma partida de las mismas, con una gatera que también servía de escondrijo para la enorme llave de la puerta que abultaba demasiado para llevarla consigo; un grupito de mujeres que me miraban inquisidoras... Todo llamaba mi atención y nada me parecía superfluo. En una ventana que estaba a la altura de la cara me detuve y me quedé observando las telarañas. Había olvidado que también las arañas de los pueblos eran distintas y que construían sus telas de otra manera: en forma de túnel, al final del cual esperaban la presa. Los ventanucos de las cuadras estaban adornados de esas cenizas telas de araña que cubrían la desnudez de una reja o tela metálica, y que servían para atrapar las molestas moscas. En Cornago, las moscas eran abundantes y familiares, que sólo con cortinas y penumbra se les podía soportar. Pero no había tantas como antes. Recordaba que mi abuelo materno, que no era de Cornago, a Cornago le llamaba el pueblo de las moscas en tono burlón, y añadía, que las mujeres se peinaban con un horquillo.¹ No tenía razón y él mismo se contradecía, pues se casó y vivió hasta su muerte con una moza de Cornago que le dio abundante descendencia. Era sarcástico y bromista. Yo me iba de la lengua y se lo decía a mis vecinas, que se enfadaban mucho con él por semejantes comentarios, pero cuando nos visitaba, todas lo saludaban con alegría, que el abuelo había sido rondador y sabía hacerse perdonar con sus chistes y jotas.

El mal aspecto que presentaban en el pasado algunas personas tampoco lo observaba: la dentadura de la gente de montaña era estropeada y escasa, afeando mucho los rostros. Las aguas de montaña son muy pobres en sales minerales y perjudican mucho a las personas, que perdían su dentadura o padecían de enfermedades

¹ Instrumento utilizado para trabajar el ciemo, como la horca, pero de metal.

relacionadas con la glándula tiroides (bocio, etc.). Recordaba gentes en mi niñez que lucían un enorme papo bajo su barbilla; otros lo llevaban interno. Los ojos legañosos también eran habituales, por obstrucciones del lagrimal, conjuntivitis crónicas y otros males menores, que el mejor aseo, la mayor valoración de la salud personal, y la mejora de la sanidad habían corregido. Tampoco se veían niños con mocos. Hubiera sido un mal menor, pues el mayor problema es que no veía niños jugando por la calle.

Fui llegando a la plaza por calles empedradas y estrechas desde la Umbría. Por el camino, no me cruce con lo que era habitual, mujeres portando cántaros de zinc en su cabeza, llenos de agua. El agua hacía varios años que llegaba a las casas, lo que hacía innecesario ir a la fuente más cercana a buscarla. No era una imagen que se echara de menos, pues era un trabajo muy duro para las mujeres que se encargaban de tan dura tarea. Se ponían un trapo retorcido sobre la cabeza, que se llamaba rodilla y que servía de apoyo para no sufrir daños con el peso. Tenían que volverse en redondo si alguien las llamaba. A veces, llevaban otro recipiente en la cadera. Viaje tras viaje hasta que llenaban la tinaja. La imagen era muy costumbrista. Ahora el agua salía cómodamente por el grifo, lo que suponía que la gente se relacionara menos, y que la fuente dejase de ser el punto de reunión diario; lo mismo que lo era el lavadero comunal, donde se lavaba la ropa y se cotilleaba un poco. En la entrada se podía coger agua para beber; en la primera poza sólo se podía aclarar; en las dos siguientes se hacía el lavado de la ropa. Las mujeres se protegían las rodillas con un trapo, y un delantal les servía para protegerse de las salpicaduras. Recordé que se hizo un lavadero nuevo en el Cristo, más cómodo, donde las mujeres podían lavar de pie; en esa postura, al agacharse, se les subía la falda y los que subían calle arriba les veían las pantorrillas. Había un cura jubilado que vivía cerca del Cristo y dándose cuenta de que se producían situaciones comprometidas, a su cargo, mandó construir una pared que las protegiera de la vista de los maliciosos y de los santos. Las mujeres agradecieron el gesto, pero el cura no se libró de las críticas de algunos verdoles a los que les brillaban los ojos de picardía cuando criticaban al cura meticón.

Recordaba que en las vísperas de festivo, era habitual un barrido general de las calles. Cada vecina barría su fachada y a veces la de al lado, si era previsible que los dueños no la fueran a barrer. El estiércol que recogían de las caballerías y cabras era estimado, ocasionando algunas veces pequeñas discusiones. Yo no lo comprendía, pero no me paraba a analizar. Barrer o no la calle podía generar fama en uno o en otro sentido y pocas mujeres se arriesgaban a estar en la lengua de las demás. Las calles eran de piedra, una piedra redondeada de río que clavaban en la tierra para que no sobresaliese del resto. Periódicamente, unas cuadrillas de vecinos se encargaban de su reparación. De cada casa salía un hombre que trabajaba para la comunidad, y quien no deseaba aportar su trabajo pagaba un jornal. Así se hacían las obras públicas (traída de aguas, limpieza de acequias, arreglo de caminos) para que salieran a precio de los materiales. No había desagües: la lluvia bajaba en torrente, pero al distribuirse el caudal en las diversas calles que descendían, ninguna de ellas generaba peligro manifiesto. Al pie del pueblo, una acequia las iba recogiendo y conduciendo a una balsa para el riego. Nuestros ancestros habían urbanizado la colina para que el agua fuera una bendición. Se recogía en calderos y baldes de las canaleras, y la sobrante servía para limpiar las calles y para regar. Era un agua con abono natural, pues la suciedad que arrastraba era paja, estiércol y tierra.

Siempre se añora la niñez perdida. Mis padres vivían su juventud y mi hermana y yo descubríamos el mundo a su lado sin apenas darnos cuenta ¡Qué distinta era la vida! No voy a decir que era mejor, pero tenía sus ventajas: crecíamos muy sueltos; aprendíamos el oficio de nuestros padres sin darnos cuenta; la naturaleza que nos rodeaba nos iba enseñando y conocíamos las plantas, los insectos y los pájaros... Hoy aún puedo presumir frente a mis amigos de conocer plantas que para ellos sólo tienen un nombre común: maleza, hierbajos o pinchos y lo más que aciertan a distinguir es el césped. Para mí, era tan familiar el gorrión de canalera como el pinzón de campo, el pardillo, el verderol, el lucano, el jilguero o golorito, el andarríos, el zorzal, el avefría, el mochuelo, el gavilán, el búho, el cuco, el tejedor, la abubilla, la corneja, la picaraza, el cuervo lobero (buitre)...etc. Todos eran familiares. Conocíamos al zorro y a la comadreja, como alimañas enemigas de los corrales. Las diversas razas de perros y gatos; de mulos, asnos y caballos; los nombres de los colores que los definían, tordo, bayo, etc.; las voces de mando que facilitaban su manejo y montura, además del arre y el so; sabíamos silbar de mil maneras, arrojar piedras con maestría, conocíamos del clima, de frutos y frutales, de temperos y sequías y de otras muchas cosas que sería cansado seguir describiendo y cuyo aprendizaje se hacía por el método de la observación, del oído y del contraste. Yo sabía mucho con seis años, más que la mayoría de los niños de la ciudad, pero cuando me incorporé en una, durante un tiempo me sentí diferente y acomplejado. No lo era, pero me habían sacado de mi medio y me habían dejado solo entre gentes extrañas que llamaban a sus padres de tu.

Entré en la plaza, y fui recorriendo sus rincones con la vista hasta descansar en la fuente. Había cambiado mucho. La recordaba dividida en dos partes: la de arriba donde estaba los dos chorros y la de abajo, donde estaba el abrevadero. La parte de arriba formaba un espacio rodeado de unos asientos de cemento donde la gente solía sentarse a charlar. En la pared estaba la fuente con los dos chorros, que eran muy familiares para todos los chiquillos, y constantemente hacíamos uso y abuso de ellos. El agua no tenía sabor, pero si lo tenía el grifo, que era de latón. A veces, al inclinarte a beber, el agua se metía por la nariz y la mayor parte de las veces se escurría hacia el cuello, con lo que era habitual terminar mojado. Los asientos que estaban en la pared que daba al abrevadero estaban protegidos con una baranda de tubos que hacían de respaldo y protegían de la caída. Esos mismos tubos servían para agarrarnos y bajar hasta el pilón con cuidado. De vez en cuando, terminábamos dentro del pilón; entonces, bien remojados, tomábamos el camino de casa. Era signo de que íbamos creciendo y nos volvíamos atrevidos. El pilón aplacaba la sed de los animales, siendo habitual que antes de acostarse, los labradores se acercasen con sus caballerías a abrevar en el pilón. Era un rito social, pues iban perfectamente afeitados, con ropa limpia y alpargatas nuevas.



Arco de la Piedad, reformado

Los poyos de piedra y cemento estaban vacíos y los soportales también. Habían quitado el frontón y en su lugar estaban unos grandes ventanales de lo que fue la pared de la vieja escuela. Seguramente ya no había escuela allí. El ayuntamiento estaba en su sitio, muy mejorado; nada que ver con el que yo conocí, que tenía en la parte alta el parvulario, en el piso medio el ayuntamiento, y en el piso bajo la leñera y el calabozo. De él recordaba el barandado de la escalera, que utilizábamos para bajar dejando resbalar el culo. Estamos vivos de milagro, pues eso lo hacíamos con cuatro años, y desde arriba hasta la planta baja, había una altura considerable.

En la escuela de párvulos, como no teníamos cuadernos ni lapiceros, escribíamos en una pizarrita de piedra. Lo hacíamos con tiza y también con pizarrín y borrábamos con un trapo y las más de las veces con la manga. La calefacción era de estufa y si queríamos que funcionara, teníamos que llevar los chicos la leña. Era habitual que no tirase y que el humo hiciera acto de presencia; las ventanas y las puertas cerraban tan mal que allí no hacía calor. A media mañana, la maestra nos preparaba una cazuela de leche en polvo americana, y por la tarde, nos daba unos quesitos en porciones de color amarillo que tenía muy buen sabor. No estaba mi pueblo ni sus gentes tan necesitados de esa caridad, pero lo agradecíamos bien. Curiosamente, hoy no simpatizamos con los americanos, cuando en los años cincuenta, nos daban a todos los niños españoles una buena ración de calcio en el almuerzo y en la merienda. No recuerdo los nombres de las señoritas, que tuve varias y nos trataban bien ¡Lo siento!

Pronto terminó el parvulario, que el tiempo pasa muy deprisa. Con cinco años pasé a la escuela del frontón y sólo recuerdo el nombre de don Antonio, un maestro pequeño y gordote oriundo de Cervera, con el que se estaba muy a gusto. Todos temíamos pasar con don Paco, un maestro ya anciano que tenía muy mal genio, pero no tuvimos ocasión, y se jubiló antes. En el recreo, participábamos de juegos multitudinarios en la plaza, fundamentalmente a la pelota. Entonces había muchos niños y niñas en Cornago, llenando la plaza con el griterío. No había servicios y los muchachos hacíamos nuestras necesidades en las Cercas, aunque las más de las veces las aguas menores las hacíamos en la pared y la puerta que había junto al edificio del ayuntamiento. En ese caso, el juego preferido era competir a ver quién llegaba más lejos o alcanzaba la parte más alta de la pared. Puestos a recordar cosas agradables, las galletas de coco que vendía la Gilda. Las pelotas de frontón las fabricábamos con un peyuco de goma y lana o algodón que nos daba la madre. Todos llevábamos la piel de las manos cortada y abierta, seguramente por lavarnos las manos después de jugar al frontón y no secárnoslas bien ¡Eso nos decían! Las muchachas tenían sus propios juegos y no nos mezclábamos mucho con ellas. Entonces, al margen de las festividades, de lunes a sábado eran laborables, pero los jueves por la tarde no teníamos escuela.

Camino del Bagar.- Seguí mi camino calle abajo y recordé algunas vivencias curiosas, pues la plaza del Bagar era el punto donde nos relacionábamos con las gentes de fuera. El nombre de la plaza hace referencia a la бага, que es el fruto del lino de donde se extrae la linaza. Allí se montaban los mercadillos de los vendedores ambulantes que acudían a Cornago a vender sus productos, y en una ocasión recuerdo que nos visitó un circo: era un circo muy pequeño y pobre cuyo atractivo principal eran unos monos que tenían el culo pelado (posiblemente monos de Gibraltar). El circo revolucionó al pueblo durante unos días con su novedad, aunque yo no pude ver sus actuaciones. Allí se aparcaban los coches y camiones y también los pocos carros y galeras que había en el

pueblo. Cornago apenas tenía caminos fuera de la carretera y los carros no podían utilizarse. Un día estábamos jugando con un carro. Era el típico carro de un solo eje con ruedas grandes, que llevaba unos palos en las varas, que cuando se quitaba la caballería y se deseaba que el carro no perdiera la horizontal, se apoyaban verticales sobre el suelo. El carro también llevaba una base en el centro que colgaba con cuatro cadenas para aumentar la posibilidad de carga. Pues bien, andábamos subiendo y bajando del carro sin el menor respeto, como algo natural, cuando apareció el dueño con una vara de mimbre. Yo en aquel entonces me tenía por ser el que más corría de todos mis amigos. Y así era habitualmente, pero, cuando aquel individuo se vino hacia nosotros con la vara, salimos corriendo hacia la Regadera y él detrás. Yo no sé lo que ocurrió, pero, por más que corría, no pude evitar los varazos, mientras mis amigos andaban un par de pasos por delante. Se ve que para competir necesitaban otros incentivos.

Más abajo, estaba el cuartel de la Guardia Civil y la cochera del coche de línea. Era el lugar predilecto de las tardes-noche, pues nos gustaba ver llegar a la gente del campo montada en las caballerías ¡Qué gozo se les notaba cuando venían con ramas de cerezas o guindas para sus hijos! Ya de noche, esperábamos al coche de línea y a los viajeros -sobre todo los sábados-, que era cuando el coche venía más lleno. El coche lo conducía el Hispano y el cobrador era el Pepe. Solíamos sentarnos en el poyo de la casa de la Guardia Civil o en los porches de la casa del médico hasta que llegaba el coche. Rápidamente, los chicos íbamos a censar a los recién llegados, y al poco, todo el pueblo estaba al corriente de las visitas.

De triste recuerdo fue aquél viaje de 1958 en el que murieron 17 personas –de ellas, cuatro mozas de Cornago que venían a las fiestas-. Aquél coche de línea, que salió de Logroño con gentes de la comarca, se estrelló contra una casa en Grávalos y no pudo llegar a su destino. Uno de los supervivientes que viajaba en la parte de atrás afirma que el cobrador saltó del coche después de un ¡Sálvese quién pueda! Creo que se salvó. Lo mismo hicieron los que viajaban en la baca. El dueño de la casa donde se estrelló el coche declaró, que al salir alarmado de su casa, vio al chofer atrapado y herido. El conductor tenía esperanzas de parar en una cuesta que había pasado el pueblo, pero eran fiestas y al intentar esquivar a la gente que andaba por la calle, acabó estrellado contra la casa. En defensa del conductor están sus cuarenta años sin accidentes y que murió intentando salvar a sus pasajeros. Los peritos que analizaron los restos del vehículo encontraron reventado el manguito del freno de una de las ruedas delanteras, la primera velocidad metida para controlar la falta de frenos, y la transmisión rota.

Vemos con curiosidad las películas antiguas, donde la gente viajaba amontonada. Hoy sería impensable. Es notorio que el coche iba lleno, y previsible que los frenos trabajaron sobrecargados hasta que reventó el manguito. En aquél entonces, la sociedad asumía como normal que si no cabías dentro del coche, pudieras viajar en la baca con las maletas. Normalmente tienen que darse varias circunstancias para que se produzca un accidente: si de todas las causas que concurren evitas una cualquiera, el accidente no se produce: (coche sobrecargado) x (manguito viejo) = accidente. Si el coche hubiera sido bien revisado y hubieran cambiado el manguito por uno nuevo, el manguito nuevo hubiera aguantado; si el coche no hubiera ido tan cargado, los frenos no hubieran trabajado a tanta presión y el manguito viejo no hubiera reventado.

Los 17 muertos fueron el resultado final, un resultado que también hubiera sido menor en otras condiciones: en Grávalos no había teléfono, por lo que se tardó mucho en avisar del accidente; la carretera era empedrada y estrecha y las ayudas tardaron en

llegar; tampoco había medios en la comarca para socorrer a los accidentados y llevarlos a un hospital, por lo que el médico del pueblo y las buenas gentes de Grávalos hicieron todo lo que pudieron para sacar del coche a los atrapados y socorrer a los heridos.

Otros autobuses de la misma línea fueron los responsables de una sangría mucho mayor, sangría que afectó también a toda la comarca, aunque la sangre no dejó en el suelo mancha alguna. Poco a poco, esos autobuses fueron sacando a la gente de los pueblos para llevarlos a lugares alejados. Muchos de los pueblos y aldeas de la comarca quedaron deshabitados; otros como Cornago, seriamente tocados y con una población envejecida, donde deben seguir naciendo niños.

Somos muchos los que andamos dispersos por el mundo recordando a Cornago, pero, aunque nosotros volvamos, no lo harán nuestros hijos ni nuestros nietos, que no sienten el mismo tirón. La realidad ahí está; si alguien puede, que la arregle sin demora, cerrando las heridas por las que la gente más joven escapa en busca de mejor vida, y la gente mayor, para encontrar cuidados en la vejez, junto a sus hijos.